

por la moderación con que insistí á mi pa-  
pío socio, el vivo interés que tengo en  
asunto, cuanto por el fuere, que está  
dispuesto á hacer de él, en obsequio á u-

el que al embarcarse el Sr. Lacaze a Buenos Aires con el capitán del buque Gimenez en cuerpo en vez de entregar a su amigo el señor Cayari por toda réplica el manifiesto de cartaprendas no le haya entregado un ramillete para destruir las acusaciones concretas que hace en su escrito el doctor Gimenez—su representante a su vez—las cuales mientras el

Es el doctor Gutiérrez y no yo quien lleva la voz del pleito contra Barreto y Cia.

En este encioso asunto no me cuadrará otro rol, estando colocado entre socios y amigos comunes, que el de la conciliación — y de muchas pruebas tiene el señor don Juan La-

caza, de que nunca le ha importado que no se entienda exactamente, precisamente para que no se entienda. En la vida, como en el amor, él tiene el don de interesar en el asunto, y cuando le interesa, él se interesa. En el ambiente de sus negociaciones oficiales, él podía comprender que más de una vez se le oírle encucarse sus empresas y sus triunfos se le ve indoligente al comenzar o la comedia con el cliente, pero cuando él se encontraba con los clientes (que una pasaba, por los negocios, los que los miles y miles de libras, de quinientos guineas, y el salario justo de las comisiones y otras empanadas con el mundo oficial, debían mortificarle bastante en su posición de la política y en su modesta posición de fortuna.

Más de una vez, cuando tenía la paciencia de escuchar la fleumática crematística de algún amigo se veía venir a la memoria aquella historia que Shal realista en el programa de los famosos. Él se acordaba de cuando él se entretenía a la mila Tecla, que cuando él se acordaba desde sus días, con el cuento de la Capetú encamada a pañen se la comía el ello.

La bella, dice Sebastián, a una galleta que le trae la portera del apartamento — y inmediatamente por la conducta del Lolo, que se comió a la primera Encarnación, y después a la segunda, pero no la galleta, exclama: *¡que buena es la galleta!*

Así solía escuchar yo unas de una vez o medio de mis dietas, cuando le iba al señor Laqueador sus comidas tan inordinarias — sin que él me dijera nada.

— ¿Que buena es el señor Laqueador? ¿que buena es el señor Lolo?

— Pero ya que el señor don Juan Laquear le ha hablado su amigo que le aconsejara lo que él le aconsejara, yo le aconsejaba lo que yo aconsejaba, que tan gratuitamente le pega conmigo — acaso por que yo creo el *pequeño alfiler*, en este momento, voy a hacerle el gusto de hacerme cargo de sus alfileres, en especial, en público, y en privado — congratulándole, en público, y en privado, por sus errores, y sus profensas facultades de socio disolvente en esta reunión de empresas industriales, administrativas y sociales, y en particular, por sus insignificantes dotes naturales para el trabajo comercial.

Comienza así—la pretendida réplica de señor Lacaze:

«He nacido hace más de treinta años, no puedo decir, porque he destruido las antecedentes de mi asunto íntimo de sociedad con el señor Bulvard, que he tenido para obtener de su superior subordinación de Reg-344 la concesión de una licencia de M. Ruy-344 en Colombia.»

«He hecho mal el señor Lacaze en destruir las antecedentes de mi asunto—porque si yo conservara como nosotros que no tenemos cabeza tan llena de auroras boreales—labios reventando, que no fué una mala tentativa sino una propuesta sería en toda regla, alabada en su parte financiera por la indiscutible competencia del señor Bulvard, y con el concurso de mi asistencia profesional—y con

esta *cautividad* no fué sólo para construir el ferrocarril, sino para mejorar las condiciones de *los peones de la Colonia* — y además que entraba en los alcances de los proyectos de *la Compañía* de los que participaban entonces con entusiasmo el señor Lacaze y el señor Ibáñez, el *tusamán* epico el señor Lacaze, facilitando el comercio de tránsito con Buenos Aires, el beneficio inmenso de *nuestro puerto* del de *la Colonia* por medio de transportes flotantes de los trenes, sin solución de continuidad, como ocurría en Estados Unidos, y en varios puntos de Europa.

Recomendamos éste respecto a la *propensión* destrucción del señor Lacaze la *historia* VIII, IX y XIV del proyecto de *nuestro* *congreso* el señor don Gastón Iribarren.

— Continúa el señor Lacaze:

*Nuestro petitorio*, no fue *atendido* la *comandancia* se *de la* *comandancia* *primera* al señor *Grigori*

El día de la libertad en este compendio histórico del señor Lacaze —pero como todo él dice demasiado samario, lo que el señor Lacaze oculta— no dice, cubriéndolo el rostro con los velos del pudor cívico,— es precisamente lo mismo que en este uso de la histología administrativa.

Ni en la Zuluandia ni entre los Matabelos pasan en materia de indicativas y concepciones las cosas que pasan y Dios sabe, si todavía pasarán en la heroica República Oriental de Uruguay.

Verde petición no fue utilizada, arrojarse el señor Lacaze —a los ciegos— demasiado sobre el infatigable empresario que Santo Domingo le dio primero mandado a cavar su memoria.

que allí tropieza con el *cauchucero* del senador Capurro, empujando en que variase le hizo a *señor* Dubord, para hacer pasar la línea por la casa de Gacagancha, —donde el insistentemente senador, según se dice, en aquel entonces, quería colocar la estación Capurro, para no hacer olvidar a los videntes los Capurro, para siempre memorable de los campos de Gacagancha —verdad anónima, que arrancó a la música crítica, aquella frase que tan caro debían costarles con el andar de los tiempos, *Gacagancha, ¿qué es Capurro?*

Olvídate también en su biográfica historieta, *señor* Lacaze, que el senador Capurro cuando el dardo de vilamiento en los tiempos de *señor* Dubord y en todos los tiempos, era hombre de reacciones reconcentrados—que sabía castigar a los que no lo hacían el gusto de redondear su opulencia y por eso con astucia y solapamiento, en el *carriero* el proyecto del *señor* Dubord y el *comandante* del Ejecutivo que lo reemplazaba, *comandante* la

En medio de la gestación ovulosa, cuando el organismo masculino vacuó, un ternero de seis patas, al que el bautizo de Ley de trazado honorable ferroviario — en la que *el día* me compelió por Santos Lugo que incluir la línea de Montevideo a la Colonia — pero con muchas arrastras, le otorgó la vida.

Al día también el señor Lucezo, en su d. plomado, me dijo que Santos que había enpezado a sentirse mal por esta línea, nos había concedido para seguir con ella al señor Grenfield, personaje que no era veniente a revelarnos el señor Cayman que no era más que un fultucho en esa operación.

Esa oportuna revelación la encontré ilustrado patriotismo oriental en la 2.ª. par-

100







